

“Personas con discapacidad en Gaza”, Dra. Anat Greenstein, Universidad Hebrea, 16.7.2025

Introducción

Hola a todas y todos. Bienvenidas y bienvenidos a *Ojos sobre Gaza*, nuestro encuentro diario —una combinación de protesta y aprendizaje— que busca comprender la realidad en Gaza, sus contextos más amplios y las formas de resistirla. Hoy recibimos a la Dra. Anat Greenstein, del Centro de Estudios sobre Discapacidad de la Universidad Hebrea, y también integrante de *Isha l'Isha (Mujer a Mujer)*, un centro feminista en Haifa. Nos hablará sobre la situación de las personas con discapacidad en Gaza. Anat intervendrá durante unos ocho minutos y, después, dejaremos un breve espacio para el debate. Recuerdo que, si quieren hacer una pregunta, pueden escribirla en el chat —también durante la charla— y yo se la leeré a Anat al finalizar. Muchas gracias por acompañarnos, Anat.

Conferencia

Las personas con discapacidad en Gaza, como en cualquier sociedad, han estado presentes mucho antes del 7 de octubre de 2023. Según una encuesta de la Oficina Central Palestina de Estadísticas, en el 21 % de los hogares de Gaza vive al menos una persona con discapacidad. A modo de comparación, en Israel el 18 % de la población son personas con discapacidad.

Y, como en cualquier sociedad, la discapacidad no es algo que se origine únicamente en el cuerpo individual, sino que se configura en el marco de relaciones de poder sociales y estatales. En este sentido, incluso antes del 7 de octubre, el bloqueo ya tenía un impacto profundo en la vida de las personas con discapacidad: prohibiciones para la entrada de equipos médicos, restricciones a ciertos materiales utilizados —por ejemplo— para fabricar prótesis, limitaciones en el acceso a la atención médica y a la rehabilitación, cortes crónicos de electricidad que afectan el funcionamiento de dispositivos de apoyo, entre otros.

Desde el 7 de octubre, la situación ha empeorado drásticamente para las personas con discapacidad. La guerra y los bombardeos han hecho que, para muchas, la evacuación sea casi imposible. Se ven obligadas a huir una y otra vez: sin carreteras pavimentadas, sin combustible, sin vehículos, a través de terrenos inaccesibles. Los refugios están hacinados y, con frecuencia, no son accesibles para sillas de ruedas. Falta privacidad y condiciones sanitarias adecuadas. Para quienes necesitan ayuda para vestirse o para cambiar pañales para adultos, o para quienes tienen dificultades cognitivas o psicológicas, estas condiciones resultan casi imposibles de sobrellevar.

El estrés intenso y el hacinamiento afectan especialmente a las personas en el espectro autista, que pueden expresar su angustia mediante gritos u otras conductas. Las personas con enfermedades mentales se quedan sin medicación psiquiátrica debido al bloqueo, lo que provoca que, en algunos casos, sean expulsadas de los refugios por otros que no pueden lidiar con sus comportamientos. Al desplazarse de un lugar a otro, a menudo no pueden llevar consigo sus dispositivos de asistencia. Los bombardeos destruyen sillas de ruedas, muletas, respiradores, tanques de oxígeno e, incluso, objetos como gafas o audífonos. Esto significa que muchas veces las personas con discapacidad son dejadas atrás, solas o únicamente con algún familiar.

En la imagen que ven aquí aparece Naifa al-Sadwa, una mujer de 92 años de Gaza, encamada y con demencia, que dependía del cuidado de su nuera. Vivía en una casa cerca del hospital Al-Shifa. En marzo de 2024, soldados israelíes irrumpieron en el edificio, arrestaron a todos los hombres y ordenaron a las mujeres evacuar hacia el sur. La nuera suplicó quedarse para cuidarla, pero los soldados se negaron, asegurando que la evacuarían con la Cruz Roja. Una semana después, sus hijos fueron liberados y la buscaron en todos los hospitales, en cada habitación del edificio, e incluso en

las fosas comunes cercanas al hospital. Finalmente, hallaron sus restos en el edificio. No se sabe si murió a causa de un bombardeo o si simplemente pereció de hambre.

Quienes logran huir, muchas veces describen la experiencia de sentirse una carga. Llegan a decir a sus familias: “Déjenme, no se queden aquí por mí.” El impacto emocional es enorme, sumado a la pérdida de movilidad, de equipos de asistencia y de independencia. Las personas sordas, por ejemplo, relatan experiencias aterradoras: tras un bombardeo, si quedan bajo los escombros, no pueden comunicarse con los rescatistas, ni oír si les llaman por su nombre, ni pedir ayuda. La falta de agua y de alimentos golpea aún más a las personas con discapacidad. Los puntos de distribución suelen ser físicamente inaccesibles, y quienes dependen de familiares para que les consigan comida deben confiar en que esos familiares sigan vivos y puedan ayudarles. Además, muchas personas con discapacidad requieren alimentación especial, o se alimentan a través de equipos estériles como sondas PEG —alimentación directa al estómago—.

Aquí vemos la imagen de Yazna al-Kafarneh, un niño de 10 años con parálisis cerebral. Fue uno de los primeros en morir en Gaza porque no había la comida especial que necesitaba, ni siquiera cuando llegó al hospital. Le intentaron dar lentejas, pero su cuerpo no podía digerirlas. El colapso del sistema sanitario de Gaza —tema del que ya hablamos aquí en una charla con *Médicos por los Derechos Humanos*— tiene un impacto directo. El ataque sistemático contra los hospitales y el asesinato de personal médico y pacientes no solo significa que la atención de emergencia inmediata sea inexistente, sino que también provoca que enfermedades crónicas queden sin tratamiento.

Afecciones que antes podían controlarse —como la diabetes o la insuficiencia renal— ahora derivan en discapacidad. La falta de insulina y de una dieta adecuada hace que las personas con diabetes pierdan sensibilidad en los pies; al verse obligadas a caminar por terrenos sin pavimentar y en malas condiciones de higiene, desarrollan heridas que se infectan. La falta de higiene y el hecho de no recibir tratamiento provocan complicaciones, amputaciones y discapacidades permanentes. Hasta ahora hemos hablado de quienes ya tenían una discapacidad antes del 7 de octubre. Pero desde entonces, la combinación de bombardeos, el asedio y la destrucción del sistema de salud ha hecho que decenas de miles de personas más adquieran una discapacidad. Se estima que entre 4,000 y 5,000 niños han sufrido amputaciones. Los efectos de todo esto se prolongarán durante generaciones, no solo durante años para las personas directamente afectadas. Los traumas psicológicos se transmiten de generación en generación; el estrés crónico puede afectar y retrasar el desarrollo incluso de fetos en el útero; y el hambre influye en la expresión genética y aumenta la susceptibilidad a enfermedades en los hijos y nietos de quienes vivieron el hambre, incluso si ni siquiera estaban en gestación en aquel momento.

Para cerrar, quiero contarles la historia de Razal Bakr, una niña de cuatro años que resultó herida cuando su familia se encontraba refugiada en el hospital Al-Shifa. El ejército bombardeó y, como consecuencia, ella sufrió una herida en la pierna. Debido a la falta de antibióticos y de material estéril, la herida se infectó y tuvieron que amputarle la pierna. En amputaciones infantiles no se trata de cortar la pierna y ya está. A menudo el crecimiento del cuerpo requiere cirugías repetidas, y las prótesis deben adaptarse constantemente a ese crecimiento. En Gaza no hay rehabilitación, no hay materiales, no hay equipos, ni tampoco infraestructura accesible para desplazarse con prótesis. En estas condiciones, la discapacidad no solo se mantiene: se va profundizando con el tiempo. Para concluir —y aquí me detengo—, la idea clave que quería transmitir es que la experiencia de las personas con discapacidad ofrece una mirada única para comprender la vida en Gaza. La discapacidad —en Gaza o en cualquier otro lugar— forma parte del tejido de la vida. Es fundamental reconocer la perspectiva específica de las personas con discapacidad y, al mismo tiempo, entender cómo los contextos sociales están entrelazados con los contextos médicos. La combinación de bombardeos, destrucción de infraestructuras, bloqueo y hambre está generando discapacidad a una escala masiva, con consecuencias que no solo durarán muchos años, sino que se profundizarán y se extenderán a las próximas generaciones.